

¡OH, TIERRACIELO!

Texto y música © Eduardo Meana.

Oh, Dios, que te has atado con las cuerdas del tiempo
a nuestras coordenadas, a nuestros ritmos lentos;
al devenir incierto de nuestro aprendizaje,
al río irregular de nuestro crecimiento,

Tú revelaste el fondo de ésta, nuestra existencia:
lo nuestro estaba en ti, lo nuestro era lo tuyo.
Lo humano era "más" -capaz de Dios, y sagrado...
Dramático y sagrado, nuestro "estar en el mundo".

¡Lo opaco de la tierra en ti fue transparente!
Lo opaco fue capaz de cielo y de Palabra.
Y se espejó en tu carne que somos "tierra-cielo",
Reflejos de infinito en carne iluminada.

Beso santo de dos palabras:
¡oh, Jesucristo, oh, Tierra-cielo!
Fuerte-tierno, Señor-humano,
Divino-nuestro, Divino-nuestro.

Divino y despojado, Dios asombroso y nuestro.
Hermano y vulnerable, expuesto a desamores.
Concreta superficie de humana piel dispuesta
a luna y sol, a abrazos, y a látigos y golpes.

Tu encarnación es el mapa de nuestra esperanza:
lo humano, en tu humanidad, se yergue en silencio.
Destino y maravilla que tu cuerpo nos narra:
lo nuestro cabe en Dios y este Dios cabe en lo nuestro.

¿Qué Dios impronunciado viajó en el embarazo
sereno y misterioso de la Madre Doncella,
sino el Dios cuya espalda viene por el trabajo
de siembras y semillas, de redes y de pesca?

Beso santo de dos palabras:
¡oh, Jesucristo, oh, Tierra-cielo!
Fuerte-tierno, Señor-humano,
Divino-nuestro, Divino-nuestro.